







DÍAS DE JUEGO



CHAI EDITORA





Benjamin Markovits

DÍAS DE JUEGO

Traducción de JUAN NADALINI

Markovits, Benjamin

Título original: *Playing Days*

© Del texto, Benjamin Markovits, 2011

© De esta edición, Chai Editora, 2026

© De la traducción, Juan Nadalini, 2026

Diseño de tapa
Gonzalo Marin

Arte de tapa
Micaela Pinali

Diseño de colección e identidad
Lamas Burgariotti

Primera edición en Argentina
Mayo 2026

ISBN: 978-631-6851-00-0

Hecho el depósito que marca la ley
11.723

Publicada bajo el acuerdo de Casanovas
& Lynch Literary Agency S.L.

Austria 1840
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com



Para mi padre



Detesto profundamente todo lo que sea “pura ficción”: hasta en la más etérea de las tramas debería haber siempre algún fundamento fáctico, y la invención absoluta no es más que el talento de un mentiroso.

Byron



1

Mi primera experiencia claramente sexual tuvo lugar en la sala de pesas de la escuela secundaria, después de clases, durante el entrenamiento de básquet. Digo “claramente” pero en realidad no sé bien si en aquel momento me resultó tan clara. Estábamos haciendo varios ejercicios, uno de los cuales consistía en apoyar los antebrazos sobre dos soportes elevados para después alzar las piernas, y recuerdo que, mientras cerraba los ojos a causa del esfuerzo, empecé, de a poco, a sentir algo raro entre los muslos. Era, en el fondo, poco más que una reacción química, aunque después me quedaron las rodillas algo débiles, y puede que haya sido esa misma tarde, u otra, cuando un par de compañeros decidieron burlarse de los pelos de mis piernas.

—Miren esas piernas de hombre —dijo uno. Entonces bajé la vista y traté de entender si las consideraban demasiado peludas o no lo suficiente. De inmediato se sumaron otros chicos. Probablemente se reían de lo lisas que eran, y sin embargo me parece muy propio de aquella edad que yo no lograra darme cuenta del todo, y que me avergonzaran al mismo tiempo mis rasgos femeninos y cierto exceso de desarrollo.

Las charlas sobre sexo eran, desde luego, algo a lo que había que acostumbrarse en los vestuarios. Y también en la cancha. Los entrenamientos eran la única instancia escolar en la que un profesor tenía una clase repleta de chicos para él solo, sin mujeres a la vista que pudieran llegar a inhibirlo.

—¿Anoche te anduviste toqueteando? —preguntaba uno de esos entrenadores cada vez que a alguien se le resbalaba la pelota de entre los dedos.

Risitas generales. Le decíamos “entrenador Britten”, aunque también era el vicerrector y puede que fuera el primer hombre

negro al que yo veía en un puesto de autoridad. Me causaba un ligero terror, me daba miedo que me acusara de cosas vergonzosas. Era un tipo alto, de espalda recta, y le gustaba patrullar las líneas laterales y las de fondo vestido con trajes oscuros y zapatos muy bien lustrados. A veces, cuando lo decepcionábamos, nos hacía formar fila contra la pared del gimnasio y él iba a pararse al centro de la cancha con una pelota de básquet en la mano.

—Todos quietos —gritaba—. No se muevan.

Después elegía alguna cabeza como blanco y nosotros teníamos que agacharnos para esquivar el tiro. No recuerdo que le haya acertado a nadie, nunca, o que alguien terminara herido, aunque la pelota pegaba en los ladrillos con una fuerza tremenda. El mensaje, sin embargo, sí que nos llegaba. O dos mensajes, en realidad: *A veces me tienen que hacer caso y a veces tienen que confiar en sus instintos*. Britten consideraba que una parte significativa de su trabajo, entre otras tantas, consistía en enseñarnos a convertirnos en hombres (valiéndose de recursos que los demás profesores y los padres no tenían o no querían usar). Siempre supuse que si durante la secundaria me costaron tanto los deportes fue porque jamás aprendí esa lección.

A mi padre le gusta decir que fue su tío Joe —y no Kenny Sailors, Bud Palmer o Belus van Smawley— quien en 1931 inventó el tiro en suspensión. Mi bisabuelo, Ari Markovits, medía casi dos metros diez y pesaba más de ciento veinte kilos al momento de su muerte, a los noventa y nueve años, dos semanas antes del *bar mitzvá* de mi padre. Una de sus bromas favoritas durante la vejez llegó a ser: “Antes yo sí que era alto, eh”. En su juventud tiene que haber sido un gigante, y el tío Joe se pasó la infancia entera tratando de pasarlo por encima con algún tiro.

Nuestra familia dejó Baviera y llegó a Estados Unidos poco antes de la Primera Guerra. El básquet siempre fue un deporte de gueto, pero en aquellos días seminales esos guetos eran judíos, así como muchas de las grandes estrellas.

Los Markovits fueron abriéndose camino en la vida del modo habitual. Mi abuelo, concebido en Múnich, vino al mundo en el Lower East Side de Nueva York. De joven se sumó al almacén de sus primos y ayudó a convertirlo en una gran cadena de tiendas de alimentos. Se mudó con su familia a Middletown para establecer ahí las nuevas oficinas centrales, y tres noches por semana viajaba hasta Manhattan —dos horas de ida y dos de vuelta— para estudiar Derecho en Columbia. Mi padre creció en un hogar acomodado, de clase media, pero a él le gustaba jactarse de que jamás había leído un libro que no fuera para la escuela hasta que empezó la facultad: se pasaba las tardes enteras metido en la cancha.

—Markovits —le dijo una vez su entrenador del secundario—. Puede que usted sea lento, pero sin dudas es débil.

Sin embargo tenía muy buena vista, y manos veloces. A mí de chico me parecían dos instrumentos de su autoridad general.

Yo era el hijo que había heredado su pasión por los deportes, pero también había heredado algo de la altura de mi bisabuelo y de la aptitud física del tío Joe. Con mi padre jugábamos juntos a muchísimas cosas —básquet, tenis, pool—, y nos pasamos gran parte de mi primer año de secundario, después de clases, una época en la que yo casi no tenía amigos, encorvados sobre una mesa de ping-pong diminuta, de no más de treinta centímetros por sesenta. Mi padre tiene una paciencia infinita, pero jamás juega a nada para relajarse. A mis doce o trece años ya nos podíamos enfrentar a cualquier cosa sin cedernos ni medio punto de ventaja.

La historia de mi familia siguió el camino usual. Nieto de un inmigrante, hijo de un abogado, mi padre se dedicó a la vida académica. Su propio hijo quiso ser escritor. La casa en la que crecí estaba llena de libros. Todos los veranos íbamos a Alemania, donde había nacido y se había criado mi madre, y mi padre se traía todo tipo de antigüedades y alfombras que terminaban decorando nuestra casa de Texas, un lugar repleto de sol. Teníamos un jardín trasero muy grande, y ahí, sobre un costado, mi padre hizo construir una cancha para que jugaran sus hijos.

Creo que nunca fui más feliz que adentro de esa cancha. Pero algo había cambiado entre mi infancia y la suya, y esa diferencia no estaba solo en la plata de la que disponíamos. El básquet había sido su gran excusa para salir de la casa paterna; en mi caso era la excusa para no moverme de ahí. El deporte en sí también había cambiado. Ya no quedaban estrellas judías, y los afroamericanos habían tomado su sitio en los barrios en los que vivían y en las canchas en las que jugaban. La mitad de los chicos con los que yo iba a la escuela eran negros, aunque terminaban siendo menos numerosos en los cursos avanzados que en el equipo de básquet. La cancha era uno de los pocos espacios en los que nos mezclábamos, pero incluso

ahí se interponía cierta timidez personal, producto de algo que podríamos llamar mi *sentido de clase*. Por ejemplo, jamás se me habría ocurrido hacer una volcada.

Para empezar, duele; eso es lo primero que uno aprende. Al menos hasta que las articulaciones internas de los dedos se endurecen con callos, que los protegen, aunque por debajo de la piel quedan siempre unos píxeles de sangre. Mi madre, socialista de la vieja escuela, comentó al ver esas rugosidades: “Con manos así podrías sobrevivir a la revolución”.

No es que eso en la cancha me sirviera de mucho. Los viernes a la tarde, durante mis años de secundaria, mi padre siguió el ómnibus del equipo escolar por todo Texas para verme jugar. Hasta lugares con nombres tipo Del Valle y Copperas Cove, donde en la fachada de los gimnasios flameaban banderas confederadas. Se sentaba en las gradas, con los otros padres, mientras yo me sentaba en el banco de suplentes, sobre mis propias manos (para calentarlas). Me daba miedo que el entrenador me pusiera a jugar. Supongo que muchos padres tienen una idea sobre las capacidades de sus hijos cuando están solos, en la confianza de la intimidad. Nos mostramos de un modo frente al mundo y de otro distinto frente a su amor, y la diferencia ha de ser para ellos algo doloroso de observar.

—¿Quieres que hable con el entrenador? —me preguntó una vez en el auto mientras volvíamos a casa. A veces me iba con él en lugar de subirme el ómnibus del equipo.

—No, por favor no —dije.

Pero insistió.

—Hoy habrías sido muy útil. Vi todo lo que puedes hacer.

—No, por favor no hables con el entrenador.

Mi timidez era una prueba de lo mucho que él había ascendido en la vida desde su infancia en las calles de Middletown.

Pero para mi último año de facultad yo también había madurado un poco. Y en algún momento de aquellos cuatro años de carrera, siempre un poco a la deriva, tuve la ocurrencia de que podía llegar a ganarme la vida jugando al básquet: ningún conocido mío había logrado ganarse la vida escribiendo.

Un amigo me filmó en el gimnasio de la universidad mientras tiraba al aro, solo, y hacía unas cuantas volcadas. Fue lo que mandé como currículum, junto con un dato minúsculo pero fundamental: que mi madre era alemana, lo que me permitía cubrir alguna clase de cupo europeo para extranjeros. Mis compañeros estaban ocupados tratando de que los aceptaran en algún posgrado, en facultades de Derecho y de Medicina, y muy atentos a las posibles respuestas. Gracias a aquel video yo salí de la oficina del decano, un día ventoso de marzo, sacudiendo las cuatro páginas de contrato que un agente me acababa de mandar por fax. Le mostraba las firmas a cualquiera que se me acercara. Me parecían de una belleza inverosímil. No me ponía un uniforme de básquet desde los diecisiete años, y sin embargo en Ober-Ramstadt había alguien dispuesto a representarme.

Supongo que quería recuperar algo: la infancia de mi padre, pero también la mía. A él de joven lo motivaba una mano izquierda hábil, unos buenos tiros en suspensión, no una carrera académica, un sueldo, un trabajo fijo, una hipoteca. A mí la adultez me parecía uno de esos compromisos incómodos y formales en los que a uno lo obligan a participar de chico, de saco y corbata, y donde se ve forzado a decir cosas sin ningún convencimiento. El básquet era mi excusa para no tener que pasar por todo eso. Además quería una oportunidad para hacer las cosas que no había hecho en el secundario.

Dos días después de recibirme me tomé un avión a Hamburgo y me pasé el verano saltando de tren en tren, recorriendo hoteles y gimnasios. En aquella época viajaba con muy poco:

un bolso de lona con una muda de cada prenda, incluidas las zapatillas, y en el medio una pelota. Lavaba la ropa a mano en los lavatorios del baño. Casi todas las ciudades grandes estaban dominadas por el fútbol; solo en el campo, en los pueblos rurales y comerciales, el básquet tenía un poco de aire como para respirar tranquilo. A fines de julio conseguí trabajo en Landshut, al norte de Múnich, en un equipo de segunda división apodado localmente los “Yogures”. Así que volví a mi casa durante un mes y me pasé aquel verano como lo había pasado siempre: yendo y viniendo entre el fresco del aire acondicionado y el calor radiante que reflejaba la cancha de mi padre. A finales de agosto me subí a un avión hacia Múnich para empezar esa nueva vida.

Mi padre me llevó al aeropuerto y se quedó sentado en el auto un minuto con el motor en marcha. Me apoyó una mano en el hombro; me di cuenta de que había preparado un par de consejos.

—Necesito que me hagas un favor —dijo—. No te enganches demasiado con estos tipos... los jugadores.

—¿Engancharme en qué sentido?

—Se entiende... —dijo—, apuestas, ese tipo de cosas. No es la gente con la que te criaste. Y también te pido que te cuides de las mujeres del entorno.

Mientras pasaba por el control de seguridad, y hacía el *check-in*, y después recorría el largo pasillo sin ventanas que llevaba hacia las puertas de embarque me di cuenta de algo muy curioso: por primera vez en mi vida tenía miedo a volar.

El club mandó a una persona para que me recibiera en el aeropuerto. Un estadounidense con acento sureño, Bo Hadnot. Medía más o menos un metro ochenta y cinco. *Seguro es un jugador retirado*, pensé. Tenía dientes grandes que lo obligaban a mantener los labios un poquito abiertos, como si siempre estuviera con sed. Y manos sólidas; me quitó el bolso de un tirón. Me pareció un trabajo un poco triste para un expatriado.

Ese verano me habían “recibido” muchas veces —en aeropuertos, estaciones de tren, o de ómnibus—, desde gerentes hasta diversos lacayos de los clubes. Tipos gordos y mal vestidos cuya última vindicación de juventud consistía en seguir viviendo con los padres. Algún amigo que trabajaba en el sector administrativo les conseguía esas changas: reservar hoteles y horarios, llevar a los candidatos al gimnasio, limpiar los vestuarios, lavar las camisetas, etcétera. Aun así, al principio actuaban con cierta superioridad respecto de los recién llegados, los más nerviosos, gente como yo. Casi ninguno supo siquiera cómo me llamaba, y Hadnot no fue la excepción. Les alcanzaba con el dato de que yo jugaba al básquet, daban por hecho que iban a ver cómo sobresalía entre la multitud.

Transpirado por el vuelo, cohibido y con mal olor, me dormí apenas salimos del aeropuerto. Hadnot se perdió por el camino. Tuvo que despertarme delante de una estación de servicio para que bajara a pedir indicaciones porque me había oído hablar en alemán con los oficiales de aduanas. Lo hizo con mucha delicadeza, repitiendo “hijo, hijo” en voz cada vez más alta. Una vez adentro del coche, y otra vez en marcha, le pregunté cuánto hacía que vivía por ahí, y sin demasiada ironía ni vergüenza me dijo que cinco años. Le pregunté qué había estado haciendo todo ese tiempo.

—Jugando al básquet.

Por fin logramos salir de la maraña de autopistas que rodeaban el aeropuerto y entramos en campo abierto, una zona muy agradable y discretamente cultivada. Caminos rurales flanqueados a ambos lados por altas plantaciones de cereales. Y pueblitos con nombres que incluían el espectro completo de alturas topográficas —alto, medio, bajo (o *Ober*, *Mitte* y *Unter*)—, ninguno más que un recodo en la ruta con un par de granjas. La ciudad resultó ser linda y antigua. Bajamos a los tirones, durante varios minutos, por el empedrado de la calle principal; pasamos por una iglesia con una alta aguja de ladrillos, tan sencilla como la chimenea de una fábrica, antes de frenar frente al río, en un ínfimo restaurante italiano llamado Sahadi's. En las ventanas, bajo un toldo rojo a rayas, había botellones envueltos en mimbre. La mayoría de los coches estacionados cerca de la entrada eran Fiats azules de tres puertas y con patentes nuevas: señal de que el equipo de básquet estaba ahí reunido. Pero Hadnot dijo que tenía que pasar a buscar a su hija por la casa de la abuela y se fue en cuanto me bajé del auto.

Sahadi's se llamaba así por el dueño del local, un turco que había llegado al norte del país cruzando los Alpes desde Turín hacia fines de los años ochenta, cuando los alemanes habían flexibilizado las leyes de inmigración. Era uno de esos personajes que le fascinaban a mi padre —buscavidas, errante, políglota—, gente con la que yo me había pasado la infancia viéndolo “charlar”. Supuso, por mi estatura, que yo era un jugador más y me fue guiando a través de varios arcos de ladrillo cubiertos con enredaderas. Como a los bávaros, me dijo (yo lo estaba taladrando a preguntas, tal como habría hecho mi padre), les interesaba muy poco la comida turca, él preparaba platos italianos, aunque cada tanto también se las ingeniaba para colar algunas influencias orientales. El entusiasmo del señor Sahadi por conocer a los nuevos jugadores

de básquet parecía sincero, y me retuvo un segundo bajo un arco, tomándome del codo para compartir conmigo sus opiniones. Fueron mis primeros escarceos con la fama.

El espacio al fondo era poco menos que una caverna; había una mesa baja y a su alrededor unos seis varones que casi no lograban acomodar las rodillas.

—¿Y Hadnot? —gritó uno mientras yo agachaba la cabeza bajo una enredadera y buscaba una silla vacía. Le dije que se había ido a buscar a la hija—. ¿Eres el estadounidense? —preguntó la voz—. Siéntate, hermano, siéntate, porque quiero tener una charla contigo.

Quien me hablaba era uno de los dos jugadores negros que había en esa mesa. Me hizo un lugar a su lado, en la cabecera, y estiró una mano para agenciarse un plato limpio que llenó de espaguetis desde una fuente ubicada entre las botellas de agua con gas. Casi todos los demás ya habían comido. No quedaba mucho, pero logró reunir un par de cosas y me las ofreció: grisines, humus, calamares fríos, queso parmesano, limón, un poco de vino. Dijo que se llamaba Charlie, Charlie Gold, y me presentó al resto del equipo: Olaf Schmidt, Axel Plotzke, Willi Darmstadt, Milo Moritz y Karl.

Charlie acaparó casi toda la conversación. Era un joven de rasgos compactos y cejas bajas. Se estaba quedando pelado; era pícaro sin resultar infantil. Por ejemplo, ni se había molestado, como suelen hacer muchos deportistas, en afeitarse los rulos en torno a las orejas y la nuca. Tenía la piel de las mejillas tan áspera y llena de acné que parecía picada de viruela. Habría servido para encender un fósforo. Creo que la imagen se me ocurrió porque muchos de los chicos estaban fumando.

Apagaban las colillas en restos de comida, en cuencos con aceitunas, en tazas de café vacías. Charlie no fumaba. Fue algo que olí enseguida. Y también lo percibí en su tono de voz, que

transmitía, cada vez que pasaba una vela para que alguien encendiera un cigarrillo, una mezcla de simpatía y desagrado. Era un desagrado que él ejercía con deleite: lo ponía del lado correcto de las cosas. Me dijo:

—¿No fumas, no? —Cuando dije que no con la cabeza, agregé, a un volumen lo suficientemente alto como para que lo escucharan todos—: Estos europeos se creen artistas, se creen estrellas de rock. Cuando empieza el partido hablan de la cantidad de copas que se tomaron la noche anterior. Quieren que uno juegue limpio. Te voy a dar un consejo, jovencito. No juegues limpio.

Entonces uno del grupo le respondió, entre risas:

—Sí, pero somos felices.

—No, Milo, no eres feliz. Y no vas a ser feliz una vez que te haya pasado por arriba.

Milo tenía cara de boxeador: piel gruesa, nariz rota. Y una tendencia a sonreír de más. Mientras trataba de concentrarme en la comida, un tipo maduro de bigote tupido se abrió paso entre las sillas hasta nuestro lado de la mesa. Seguramente yo le estaba ocupando el lugar, porque me miró torcido durante un rato hasta que Charlie le explicó:

—Está todo bien, entrenador. Acá el amigo tenía hambre, así que lo invité a sentarse.

Reconocí a Herr Henkel, al que había visto el día de la prueba, y me levanté para darle la mano.

—¿Dónde está Hadnot? —me preguntó.

—Tenía que ir a buscar a la hija.

—Jamás pasa a buscar a la hija —respondió Henkel, y miró de reojo al resto del equipo.

Había algo paternal en esa mirada rápida, y mi respuesta tuvo un matiz filial, un poco nostálgico:

—¿Quiere que le devuelva la silla, entrenador? —lo dije en alemán. Y él me respondió en su áspero inglés:

—No hay que ceder terreno, ¿no, Charlie? —Y después, a uno de los chicos de la mesa—: Darmstadt, un poco de lugar, por favor.

Darmstadt era un chico de secundaria con un flequillo rubio demasiado largo. Arrastró la silla hacia atrás y se pasó el resto de la tarde con los hombros apoyados contra la pared; nadie dijo nada. En medio de ese silencio, Charlie decidió *meterse* —es la palabra que usó— con un par de compañeros. Tenía un aire nervioso que, incluso en aquel primer encuentro, no me pareció del todo alegre. Se veía que estaba como resignado, que lo que le había tocado en suerte le parecía poca cosa. Pero que mientras tanto aprovechaba para divertirse un rato. El tipo que me había presentado como “Plotzke” era un alemán gordo y de brazos largos con los rasgos ligeramente exagerados que traen ciertos trastornos en la glándula pituitaria: cara larga, ovalada; ojos grandes, bovinos. “¿Cuánto peso ibas a perder este verano, Axel? ¿O la idea era subir?”. Ese tipo de cosas.

“Ja, ja”, dijo Axel. La suya era una voz educada, aunque un tanto quejumbrosa. De todas formas casi todos en la mesa recibieron sus cinco minutos de atención. A Darmstadt lo dejó en paz, hasta que lo provocaron; pero había otro chico de secundaria al que Charlie tenía pensado “adoptar como mejor amigo”.

Digamos que se llamaba Karl. Por un lado está la cuestión legal, pero más allá de eso su fama actual opacaría el encanto que tenía en aquel entonces, durante su primera temporada profesional, cuando todavía era poco menos que un desconocido.

—Nosotros dos tenemos mucho de qué hablar —dijo Charlie.

Karl sonrió ante la broma pero casi no le prestó atención, y tampoco parecía importarle mucho. Tenía una de esas caras anchas y planas que no resultan demasiado flexibles a la hora de expresar emociones. Había en él algo muy alemán, sobre

todo en su gusto en materia de ropa, que era casi oficialmente informal: jeans marrones, sandalias de cuero y una remera amarilla con la leyenda MÁXIMA ANSIEDAD escrita en letras ahumadas.

Más adelante, cuando se fue al baño, descubrí el rasgo más notable de Karl: medía dos metros quince y parecía normal. Éramos los otros los que estábamos fuera de toda proporción, como encogidos.

Charlie no logró hacerle mella, así que dirigió su atención hacia Olaf, el otro jugador de piel oscura en aquella mesa.

—¿Sigues comiendo? —dijo—. ¿Te hace falta un poquito más de tiempo? —Y después, en voz más baja—: El tipo es demasiado vago hasta para alimentarse.

Los equipos están llenos de obsecuentes. Algunos se rieron. Yo tuve que cubrirme la boca con un puño. Olaf siguió comiendo muy despacio. Tenía el porte paciente y musculoso de una escultura griega —una escultura griega negra de dos metros y ciento diez kilos—. *Paciencia* no era la palabra que usaba Charlie. *Vago, vago, vago*; lo cantaba como si fuera un himno religioso. *Santo, santo, santo*. Olaf levantó una mano y bajó la cabeza, uno de sus gestos típicos.

—Sé lo que estás diciendo —agregó Charlie—. Déjame en paz. Bueno, no.

A veces el tono de voz de los alemanes se suaviza cuando hablan en inglés, queda como un té muy lavado.

—No. Te voy a decir lo que dije —dijo Olaf—. *Du kannst mich am Arsch lecken, Kleiner*.

Esto causó un pequeño revuelo mudo, entonces Charlie preguntó, mirando a su alrededor:

—¿Y eso qué es, y eso qué es?

Darmstadt, todavía recostado contra la pared, empezó a reírse.

—Este chico se ríe de cualquier cosa —dijo Charlie—. A este chico podría tirarlo de un puente y aun así se reiría.

Olaf siguió en alemán:

—Qué vergüenza, digo yo, debe ser venir hasta acá para desquitarse con los más chicos.

Charlie me miró sonriendo.

—¿Qué dijo este vago de mierda? ¿Qué dijo?

Durante un segundo cruzamos miradas. Milo gritó mientras aplaudía:

—*Wir haben einen Dolmetscher! Einen Dolmetscher!* —Una palabra fea y sencilla del idioma alemán para decir *traductor*.

Olaf también me miró, y me di cuenta, por un dejo de vergüenza en sus ojos, de que estaba un poco asustado por lo que había dicho, y también un poco asustado de Charlie.

Miré a Charlie, miré a Olaf, y miré a Herr Henkel, quien dijo con una risa forzada:

—Tranquilo, Charlie. —Tenía una cara amable, común, bávara: oscura, circumspecta, áspera. La cara de un granjero próspero. Solo cuando bromeaba o sonreía se revelaba en él algo más vulgar, un humor adquirido en los vestuarios. Ahora sonreía muy débilmente.

—Pensé que para eso me pagaban. Una buena arenga antes de empezar la temporada.

Pero Henkel le puso una mano sobre la cabeza.

—No, no te pagamos para eso. Es un extra que nos das.

—Soy un hombre generoso —dijo Charlie.

Unos minutos más tarde, Henkel pidió un poco de silencio y dio su propia “arenga”. Nos contó lo que esperaba de nosotros, sus expectativas para el año, y también nos explicó cómo iban a desarrollarse las siguientes semanas. A pesar del mal humor y de la incomodidad general de la comida, me conmovió ver cómo muchos de mis compañeros se emocionaban. Un poco porque

estaban algo borrachos. Olaf tenía una mejilla apoyada en una de sus palmas inmensas. Milo, no bien Henkel se levantó para proponer un brindis, apagó el cigarrillo y volvió a llenar su copa. Difícil imaginar un grupo más disímil de seres humanos, como un conjunto de sillas de estilos distintos en un mercado de pulgas. Casi todos los presentes eran una combinación de excesos: demasiado altos, o demasiado gordos, o demasiado flacos.

—Por el triunfo —dijo Henkel—, que siempre es mejor que la derrota.

Brindamos todos sumamente esperanzados.

Fue Charlie el que después de comer me llevó a casa (esto es: a mi nuevo departamento). Su auto era apenas más grande que los otros, un Volkswagen Golf con un par de zapatillas Nike en miniatura colgadas del espejo retrovisor. Me pregunté si se estaría otorgando alguna clase de derecho de propiedad sobre mí. Cruzamos la ciudad y volvimos a subir por las laderas de los cerros, donde se abrían las tierras de cultivo, y pasamos bajo el arco de ladrillos de un puente ferroviario abandonado. Ahora solo los árboles usaban esas vías.

Hacia la derecha había un haras ubicado sobre una franja angosta de campo plano; detrás, el terreno descendía hasta un valle boscoso. Charlie dobló a la izquierda, subió por un camino corto de asfalto y estacionó detrás de una hilera de portones de garaje cerrados que se extendían por la parte trasera de un inmenso complejo de departamentos de los años sesenta, pintado de violeta. No se bajó para ayudarme con el equipaje, pero el modo en que se quedó sentado daba a entender que quería decirme algo, así que esperé un segundo antes de abrir la puerta. Tal como había hecho con mi padre doce horas antes.

—Tengo grandes expectativas, joven —dijo—, de que este año podamos salir de las ligas menores. Karl no va a quedarse

mucho tiempo, así que más vale que lo aprovechemos. Pero todos tienen que cumplir una función. Tú también. —Después de una pausa repitió “grandes expectativas”, y con esa idea lo dejé mientras sacaba mi bolso del asiento trasero y me bajaba.

El mío era uno de los departamentos con vista a la ruta. La mayoría de mis compañeros de equipo habían vivido en ese edificio, en algún momento u otro, pero también había *civiles*, por llamarlos de alguna manera. Y rastros de familias: bicicletas infantiles tiradas por los jardines, regaderas, botas de goma. El brillo variopinto de la vida se veía en las sogas para tender ropa, atadas entre la ventanita del baño y la baranda del balcón. Herr Henkel me había dado las llaves, y me costó bastante acceder a las escaleras, un cubículo sin ventanas. El *jet lag* ya hacía de las suyas. Hasta el día anterior yo estaba en otro mundo. *Al fin solo*, pensé casi agradecido por la oscuridad mientras subía un piso por escalera hasta una puerta cuyo número coincidía con el del llavero.

La habitación que había detrás de aquella puerta tenía, en el centro, una gran cama que parecía morbosamente cómoda bajo la luz tenue que se colaba por las cortinas cerradas de la ventana. Eran gruesas y feas, y lo primero que hice fue arrancarlas con una violencia en la que entreví, por única vez en todo ese día, la felicidad de cierto desparpajo juvenil. La tela cerosa y estampada me colmó los puños; tiré las cortinas al suelo y les di una patada. Eran las cinco de la tarde de un día de verano, y el cielo estaba más o menos limpio: el sol había ido ganando brillo a medida que perdía altura. La ventana daba a un balcón sucio, tapiado y con un mal desagote; el agua estancada había desteñido las baldosas. Enfrente estaba la ruta, y más allá de la ruta el haras, el valle y el bosque. La luz transparente del oeste se intensificó hasta volverse de bronce y desaparecer por completo. Fue bajo esa luz que me quedé dormido.

Cuando me desperté, en parte movido por el frío, ya estaba oscuro. También tenía hambre, pero no la suficiente como para salir a buscar algo de comer a esa hora (acababan de dar las diez), así que resolví lavarme, cambiarme y volver a la cama. A la mañana la cosa arrancaba temprano. El entrenamiento empezaba a las nueve, y a la prensa se le abrían las puertas a partir de las once. El bolso de lona estaba donde lo había tirado, sobre la otra almohada. Primero saqué la pelota de básquet y después seguí con la ropa.

Durante mis años de facultad jamás me había interesado mucho la moda, pero sí desarrollé una manía muy curiosa respecto del guardarropa: quería reducirlo a su mínima expresión, volverlo lo más práctico posible. Si comparaba pantalones, buscaba unos que me sirvieran para viajar en tren por Europa, para ir a un entierro, o a una entrevista de trabajo —que se adaptaran tanto al calor como al frío; que se pudieran usar si llovía, si me iba de viaje o si hacía un picnic en un parque—. Hasta las zapatillas que tenía puestas, unas Air Jordan completamente negras, me habían servido una vez, junto con un par de pantalones oscuros, para ir a un baile de la facultad. Me gustaba considerarme, no buen mozo ni dueño de un gran estilo, sino más bien libre, flexible, alguien siempre listo para irse a alguna otra parte. Mientras doblaba mis pocas prendas dentro del armario inmenso y antiguo que había cerca de la cama, tuve la sensación de que por fin una de mis obsesiones cobraba cierta utilidad y se justificaba. Estaba viviendo tal como había soñado.

Era un departamento con tres ambientes: dormitorio, cocina y baño. Solo el baño daba al jardín interno. Había una ventanita alta, diseñada sin duda para que entrara un poco de aire, pero yo era lo suficientemente alto como para ver hacia afuera. Las luces del complejo brillaban en cuadrados irregulares. A la mañana siguiente pude otorgarle una forma definida al patrón

que formaban. Los edificios eran idénticos, salvo que de colores distintos, muy vivos; también establecían entre sí ángulos extraños. Aquella noche, sin embargo, lo único que pude ver fueron unas pocas ventanas iluminadas, y me quedé un minuto mirándolas, disfrutando de la sensación de haber llegado a un lugar donde otra gente ya se sentía (misteriosamente) como en casa.

Después de un rato, el resplandor en la ventana que tenía más cerca adquirió una forma difusa, y esa forma se fue convirtiendo en una cabeza, un brazo, un vestido suelto. Me di cuenta de que estaba mirando a una mujer joven de pelo largo. Se lo cepillaba de una forma que me dio a entender —tengo tres hermanas— que era uno de los últimos rituales calmos que ejecutaba antes de ir a acostarse. Llegué casi a sentir nostalgia por ella; me costaba muchísimo apartar la mirada. Pero alguien o algo la hizo ir a otra habitación, y yo seguí mirando fijo, con el corazón acelerado, el espacio vacío y brillante que acababa de abandonar (apenas una pared entre dos cortinas), hasta que, con una sensación repentina de renovada soledad, apagué la luz del baño y me fui a la cama.

El tipo que me buscó por el aeropuerto me había preguntado en el auto para qué “había venido desde tan lejos a jugar al básquet”. Como si él mismo hubiera estado batallando contra esa misma pregunta. “Para divertirme”, le había dicho, algo que esa mañana soleada y ventosa parecía cierto. El tiempo estaba lo suficientemente cálido como para hacerme sudar un poco de camino al gimnasio. Pasé por abajo del puente abandonado y vi que, en la otra punta, había una seguidilla de negocios: un kiosco de diarios, una panadería, y un pequeño *Kneipe* (o bar) llamado Unicorn. Un hombre vestido de overol bajaba barriles de cerveza por la escotilla del sótano. La oscuridad del interior del bar estaba moteada de polvillo verdoso; una mujer con delantal daba vuelta las sillas y las reacomodaba en su lugar. *Trabajo de verdad*, pensé, y seguí rumbo al río.

Fluía hacia el sur y hacia el este, hasta Múnich, la ciudad de la que mis ancestros habían escapado casi un siglo antes. El pabellón deportivo quedaba del otro lado. Era un complejo bajo y extenso de aspecto municipal. Dos enormes pilares enmarcaban el acceso para el público. Eran los únicos rasgos de magnificencia que daban cuenta de las competiciones que habían tenido lugar en el interior. Una parte de lo que me animaba en ese momento (reflexión que venía rumiando mucho por aquellos días) era la noción de que estaba a punto de descubrir si de verdad era bueno. El básquet, desde luego, es un deporte de equipo, pero una parte sustancial de la tradición es la soledad en la que en general uno aprende a jugarlo; en mi caso, por mi propia cuenta, en la cancha de mi padre, bajo la lluvia intensa y el calor aún más intenso de miles de tardes texanas. Sentía que estaba a punto de contrastar mis fantasías con la realidad.

Un gordito joven con narinas muy anchas me indicó cómo llegar al vestuario. Para cualquiera que haya jugado en un equipo de algo, esas escenas son bastante comunes: el olor inconfundible, la luz gris y uniforme, sin sombras, el goteo de las duchas, las alfombras de goma sobre las baldosas, los bancos de madera podrida. Una atmósfera hecha de nylon húmedo y pie de atleta, esa especie de camaradería casi bélica.

Cuando llegué, Darmstadt ya estaba cambiado; revoloteaba por ahí como un nene buscando pelotas: quería que alguien fuera a jugar con él. Una bolsa abierta llena de uniformes de entrenamiento se volcó sobre el piso. Elegí unos shorts y una camiseta y me los puse en silencio: me preparaba para interpretar, por primera vez, el papel del deportista profesional. En el vestuario también estaba Olaf, y le pidió a Darmstadt que saliera a ver si llovía, o algo así (que nos dejara en paz, digamos). *Algunos todavía estamos tratando de despertarnos*, dijo, y me dedicó una mirada compasiva.

Me fui a buscar el gimnasio, pero di varias vueltas por pasillos oscuros antes de encontrarlo. La cancha era inmensa y cavernosa, con algo de hangar aeroportuario. El piso estaba hecho de un material verde, y reflejaba una luz opaca que le imprimía al lugar una especie de penumbra subterránea. Alguien había encontrado el bolsón con las pelotas: los sonidos rebotaban de manera irregular contra los altos parantes de aluminio. Milo practicaba tiros en suspensión: lanzaba, salía a correr todos los pifies, frenaba en seco y volvía a intentarlo. Ya se oía el sonido de su respiración.

—Joven —me dijo una voz—, joven. —Charlie quería jugar; me pasó una pelota fuera de la línea de los tres puntos y se agachó en posición defensiva—. A ver de qué estás hecho... —dijo.

Empecé a driblear sin muchas ganas, tratando de buscar una banda. No sabía bien cuán en serio tenía que tomarme la

cosa, pero Charlie se agachó otra vez y salió disparado tras golpear el suelo con las palmas de las manos.

Me buscó por la derecha, que es mi lado fuerte. La mayoría de los jugadores diestros son mejores con el pie izquierdo; es algo que los ayuda a mantener el equilibrio en el aire. Yo, curiosamente, no lo soy. Es una de mis particularidades. Me pasaba horas a la salida del colegio dribleando y avanzando sobre rivales imaginarios. Y después una voz interna me daba su veredicto: si había sido todo lo rápido que hacía falta, etcétera. Pero lo fundamental es que incorporé los yeites y las rarezas de los autodidactas. También un par de erratas recurrentes, o más bien su equivalente deportivo. Como sea, me gusta ir por la izquierda, así que me crucé delante de Charlie, hice una pausa en lo más alto del rebote y lo pasé.

—Otra vez —me dijo después de que encesté—. Y una más —me dijo cuando repetí el movimiento. En la siguiente, sin embargo, giré mientras dribleaba y encesté un tiro desde más de cinco metros mientras él luchaba por recuperar terreno. Ya sin aire, cerré los ojos para evitar el sudor y escuché en mis oídos el redoble tenue y casi doloroso de un latido. Era el ritmo de un estribillo suave, autocomplaciente: *tal vez sí seas bueno, tal vez sí.*

—Joven —dijo Charlie, frotándose las manos—, ya lo tenemos ahí... —Pero Herr Henkel hizo sonar un silbato y nos convocó al centro de la cancha.

Lo que vino después fue más o menos una hora y media de ejercicios repetitivos. Henkel era un entrenador con mentalidad técnica. El entrenamiento estaba planificado minuto a minuto en una planilla rígida que él se apoyaba entre la muñeca y la cintura. No es que fuera del todo reacio a las improvisaciones. Más o menos hacia la mitad de la rutina nos dejó recuperar el aliento con una ronda de tiros libres, se enojó por algunos intentos fallidos y como penalización todo el equipo tuvo que hacer un

“suicidio” por cada error que cometíamos. Un suicidio es como una carrera de cien metros llanos pero en el patio de una cárcel: hay que cambiar constantemente de dirección, hacia atrás y hacia adelante, hacia atrás y hacia adelante, y en el proceso la cancha se va inundando con los chirridos de las zapatillas y el azote de las manos contra el suelo.

Erré mis dos tiros. La sangre en la cabeza ya había empezado a teñirme la vista de violeta. Charlie también falló uno de los suyos. Tenía un estilo raro, con un movimiento muy curioso, parecía un sacacorchos tratando de destapar una botella; empezaba por detrás de la cabeza. Tampoco era el más rápido corriendo entre las líneas de fondo (ese honor le correspondía enteramente a Milo, que se lo tomaba muy en serio), y empecé a preguntarme si Charlie era, en efecto, el líder del equipo. A las once menos cuarto, Henkel abrió las puertas y entraron unos cuantos señores grandotes y afables, vestidos con corbatas y pantalones informales, cargando cámaras y libretas. Para ese entonces yo casi no podía mantenerme de pie.

El entrenador nos dividió en dos grupos de cinco. Olaf y yo jugamos con Plotzke y Darmstadt. Plotzke era un tipo inmenso, una especie de ogro panzón, con los hombros caídos como un jorobado; su voz, sin embargo, era delicada y quejumbrosa. Se estaba tomando un año sabático de su posgrado, me contó durante un descanso. *Unas vacaciones*, dijo, *nada más*, y me sonrió con las mejillas encendidas. Charlie tenía en su equipo a Karl, a Milo y a un joven alto y flaco llamado Michael Krahm, que se movía como un insecto y no había pronunciado una sola palabra en todo el día. Casi todos habíamos encontrado algo de qué quejarnos.

Me gustaría poder decir que les opusimos resistencia. Fue ahí que entendí la actitud de Charlie durante el almuerzo: por qué todos lo habían dejado hablar. Tenía un dribleo alto e iracundo

(aunque era el jugador más bajo de la cancha), y cada golpe que le daba a la pelota mientras avanzaba parecía el mazazo de un juez; hablaba sin parar, gritaba, nos daba indicaciones.

—Por atrás, por atrás —aulló en un momento. Milo lo miró impotente y Charlie le tiró un pase que le dio de lleno en la nariz, corrió hacia el aro, retomó la pelota después del rebote y encestó. —Muy buen pase —dijo un segundo más tarde, mientras volvía a la carrera.

Al rato, después de un rebote largo, Olaf me dejó solo en un contraataque. El único que había retrocedido era Charlie. Lo tenía todo para mí en la llave, así que a medio camino cambié de táctica y giré usando la misma maniobra con la que lo había pasado antes. Me saltó encima tan rápido que yo recién empezaba a darme vuelta cuando él ya me estaba empujando la pelota en otra dirección.

—Me la hiciste dos veces —gritó por sobre el hombro—. Qué vergüenza...

Pero la verdadera revelación de esa jornada de entrenamiento fue Karl. No sé si era más rápido o más fuerte que los demás o qué. Sus movimientos parecían obedecer a una escala diferente. En un momento traté de interponerme en su camino, y al cabo de un segundo, mientras me preguntaba dónde se habría metido, lo descubrí colgado del aro a mis espaldas.

—¡Ese es nuestro chiquilín, señores! —gritó Charlie—. ¡*The Kid!*

Charlie elogiaba a sus compañeros de equipo de un modo muy curioso, casi como si se estuviera burlando, pero logró imponer el apodo. Hasta los diarios locales empezaron a usarlo. (Los alemanes tienen una pasión muy extraña por las palabras en inglés: *The Kid*). En cierta forma el sobrenombre ocultaba el hecho de que Karl era, en efecto, un chico, un nene de diecisiete años que interpretaba, nervioso, el papel que su talento le había

impuesto. Tenía la costumbre de alejarse cuando ejecutaba un tiro en suspensión, algo absurdo en alguien de dos metros diez; tiraba demasiados triples y muchos daban en el frente del aro; se relajaba un poco en la defensa, confiado en que el largo de sus brazos iba a compensar lo que no podían sus pies.

De hecho fue así como casi ganamos. Karl me entregó la línea de los tres puntos, y cuando logré estabilizarme encesté un par de tiros antes de que él tuviera tiempo de reaccionar. En la siguiente jugada, Charlie se lo quitó de encima (por la fuerza, con las dos manos) y se me vino al cuerpo no bien crucé la mitad de cancha. Me abrí paso hasta la zona y después salí de golpe hacia arriba. Olaf me puso un bloqueo a la altura del codo; pasé pegado a su cuerpo, recibí el pase y me enderecé para tirar. Le saco como veinte centímetros a Charlie, así que sabía que no podía bloquearme el tiro. Lo que hizo, en cambio, fue empujarme la panza con la palma de la mano. La pelota se quedó corta mientras yo gritaba “falta”. El entrenador se llevó el silbato a la boca pero no lo hizo sonar. Charlie gritó “Pensé que este era un partido entre hombres”, y me guiñó un ojo. En ese momento Karl volaba por el ala y Charlie había tomado el rebote. Apretó la pelota entre la mano y el interior de la muñeca, como si fuera un rollo de alfombra, y mandó un pase largo y curvo que Karl recogió en plena carrera. Y así como venía la volcó, y dejó que el impulso de su propia inercia lo devolviera en la dirección contraria.

Y ahí se terminó el partido. Se encendieron los flashes de las cámaras, y en el diario de la mañana siguiente pude ver el gesto que había hecho durante la volcada. Era el clamor de un bárbaro, me gustaría decir, salvo que los ojos, bien abiertos, parecían más nerviosos que felices. Al otro día me quedé varios minutos mirando fijo esa foto (había una más, al lado de esa, sobre la que ya voy a volver) mientras desayunaba exhausto y casi sin hambre. *Pasos de gigante*, decía el epígrafe, aunque se

me ocurrió otro que resumía mucho mejor lo que sentí al ver ese gesto: *Casi un rugido*. El chico estaba imitando a las estrellas que había visto por televisión, casi todos negros, pero aún no había aprendido a experimentar ni la furia ni la dicha que ellos sentían por sus propios dones y que el juego les permitía expresar. Karl gritaba porque eso era, en teoría, lo que se esperaba de él.

El diario se llamaba *Bayrisches Bauernblatt*, la Página de los Agricultores Bávaros. Tirada: veinte mil. A la mañana siguiente me levanté temprano para comprar medio litro de leche y me llevé un ejemplar del kiosco que había al pie del cerro. Casi todos los artículos tenían que ver con el clima, el precio del pienso, el Ministerio de Agricultura, etcétera. Se imprimía en la ciudad, en una máquina antigua ubicada en la oficina misma, que quedaba en el segundo piso de una casa del siglo XIX, cruzando el río, justo enfrente del teatro. En el piso de abajo funcionaba una radio local, que compartía varios empleados con el diario. Estas fotos salieron en la tapa. Después de desayunar recorté la segunda imagen para mandársela a mis padres. La guardaron, la enmarcaron y unos años más tarde, cuando se la pedí, me la devolvieron. Ahora mismo la estoy mirando.

Una versión más joven de mí mismo, apenas un contorno desvaído, me devuelve la mirada desde ese papel barato, casi transparente. Una gota de leche derramada sobre las zapatillas de alguien adquirió un tinte violáceo con el paso del tiempo. Es un retrato del equipo, dispuesto en dos filas. En la de adelante, de rodillas, están Charlie Gold, Willi Darmstadt (sonríe, como el chico de secundaria que es), Milo Moritz y Herr Henkel. En la de atrás, donde se ubican los jugadores más altos, estamos los demás de pie, abrazados; Karl me apoya una mano en el hombro. En un impulso de arrogancia afectuosa, yo tengo una mano en la cabeza de Charlie, sobre los pocos rulos que le quedan. *Días de juego*, dice el epígrafe.

Las cámaras fueron una forma de la felicidad. O así lo recuerdo. No me refiero solo a las fotos en sí, sino a la presencia de los fotógrafos. (Los periodistas nunca más vinieron a un entrenamiento). Convirtieron esa suerte de hangar sombrío, situado a las afueras de una pequeña ciudad comercial de la Baviera agraria, en una cancha importante, en un verdadero escenario; nos convirtieron en jugadores de básquet. Solo un par de líneas de texto sobrevivieron al enmarcado de la foto. Herr Henkel, explica la nota, fichó a varios talentos jóvenes para tratar de ascender a primera división. El entrenador afirma que Charlie Gold, la estrella del año anterior, es la persona indicada para ponerlos en forma. La única incógnita es la rodilla de Hadnot: no queda claro si podrá recuperarse de la cirugía a tiempo para la temporada. En el peor de los casos, ficharon también a un joven estadounidense como posible reemplazo...